

IDENTIDAD Y REPRESENTACIONES EN EL MUNDO POPULAR

Eduardo Valenzuela
Sociólogo, Investigador de SUR

Este capítulo describe la información que brinda la encuesta en materia de representaciones políticas y sociales en el mundo de los pobladores urbanos de Santiago. El texto consta de cuatro partes: la primera investiga los principios de identidad y orientaciones culturales que aparecen en los pobladores; la segunda intenta medir la percepción del mundo social en que habitan, las características de la demanda popular y la disposición existente hacia la acción colectiva; la tercera explora la orientación de los pobladores hacia la política, y específicamente el peso de la demanda democrática; por último, se comentan dos tópicos especiales: la imagen de la UP como representación política del pasado y el gobierno deseado en el futuro.

La base muestral de estos datos no son ya los hogares sino los respondentes. La muestra de respondentes fue deliberadamente dividida entre jefes de hogar (51,3%) y cónyuges (48,7%), registrándose variaciones menores en cada uno de los estratos considerados (poblaciones, operaciones sitio, campamentos y hogares allegados). La submuestra de jefes de hogar respondentes está sobrerrepresentada por mujeres e inactivos respecto de las proporciones reales encontradas en la muestra de jefes de hogar. La edad y la escolaridad, sin embargo, no sufren ninguna distorsión. La submuestra de cónyuges respondentes, en cambio, se ajusta plenamente a las características sociodemográficas de éstas encontradas en la muestra general.

Cuadro Nº 1

Principales características sociodemográficas de jefes de hogar
y cónyuges en total de la muestra y submuestra de respondentes

	Jefe Muestra	Jefes Respon.	Cóny. Muestra	Cóny. Respon.	Total Muestra	Total Respon.
SEXO						
Hombres	84,6	70,2	0,5	0,4	46,7	36,2
Mujeres	15,4	29,8	99,5	99,6	53,3	63,8
EDAD						
Menos 30	18,7	18,7	29,2	30,5	23,5	24,5
30-39	28,6	23,5	28,3	30,1	28,4	26,7
40-49	26,2	25,0	25,2	23,8	25,7	24,5
50-59	16,0	18,5	12,2	11,3	14,3	15,0
60 y más	10,5	14,3	5,1	4,2	8,1	9,4
ESCOLARIDAD						
Sin estudios	7,6	8,2	6,0	4,6	6,9	6,4
Primaria	47,8	50,7	49,0	48,8	48,3	49,8
Secundaria	32,0	31,0	35,4	36,0	33,5	33,4
Téc./Univ.	11,5	9,3	9,0	9,8	10,4	9,6
ACTIVIDAD						
Inactivos	13,0	21,1	84,7	87,3	45,2	53,3
Desocupados	16,3	17,9	0,7	0,8	9,3	9,6
Ocupados	70,7	61,0	14,6	11,9	45,5	37,1

La muestra de respondentes adolece—según se observa—de sobrerrepresentación femenina (una dificultad usual, dado el mayor ausentismo doméstico masculino): 36,2% de los respondentes son hombres y 63,8% mujeres. Este defecto repercute también en una ligera sobrerrepresentación de los inactivos dentro de aquella. La descripción venidera de los datos estará regularmente controlada por dichas variables para evitar distorsiones en los resultados aparentes.

La distribución etaria de esta muestra esconde una limitación de otro carácter: los resultados no representan el universo de los jóvenes, tanto por una razón sociológica (la situación específica de la juventud consiste en carecer de hogar propio), como estadística (los respondentes menores de 24 años son solamente 10% del total y revisten características demasiado específicas, pues se concentran en las cónyuges mujeres en condición de allegadas). La referencia al "mundo poblacional" que se utiliza en el texto debe entenderse como una alusión al poblador adulto, diferencia que conviene aclarar, pues existe evidencia de que las actitudes y pautas de comportamiento de los jóvenes son distintas.

I. IDENTIDAD Y ORIENTACIONES CULTURALES: EL ANHELO DE INTEGRACION

Esta primera parte describe la autorrepresentación de los pobladores dentro del marco general de crisis en que se sitúa esta investigación. La interrogante principal busca desentrañar el carácter y fortaleza de las identidades y orientaciones cerradas o de endogrupo en una situación en que han predominado procesos de exclusión y segregación muy severos. Nuestros datos mostrarán que tal segregación cultural no se ha producido: la conciencia popular reproduce de alguna manera sus identidades históricas y modos particulares de integración cultural.

La primera prueba de este aserto se encuentra en la vigencia de una identidad obrera en el mundo popular: 3,5 de cada 10 respondientes se autoidentifican con la clase obrera. Tal identidad sigue firmemente establecida pese a los deterioros de la condición obrera, según se ha visto anteriormente: es una identidad preferentemente masculina (4,5 sobre 10 entre jefes de hogar), que sólo pierde algo de su intensidad entre los jóvenes (2,7 sobre 10 en los menores de treinta años). La identidad obrera es fuerte en todos los estratos ocupacionales: los datos muestran que los obreros se autodefinen como tales, pero también lo hacen los desocupados y los trabajadores en empleos mínimos, generalmente de origen obrero, quienes retienen, por tanto, su identidad. La identificación obrera, empero, es también alta entre los cuenta propia, empleados de baja graduación, e incluso pequeños propietarios, empujados, quizás por la crisis y la pauperización, a autoeliminarse de la clase media. La identidad mesocrática impera solamente entre los empleados calificados. La relación entre identidad y escolaridad se revela también consistente: el umbral de diferenciación social —como ocurrirá por doquier— está entre los que poseen escolaridad superior, donde la marca modal se desplaza definitivamente desde la "clase obrera" a la "clase media".

Cuadro No 2

Identidad de clase según tipo de población

	No Respo.	Clase Obrera	Pueblo	Clase Media	Clase Baja	Ninguno	Total
Población	42 14,5	104 36,0	40 13,8	78 27,0	16 5,5	9 3,1	289 29,5
Op. Sitio	34 11,9	99 34,7	47 16,5	48 16,8	36 12,6	21 7,4	285 29,1
Campamentos	65 25,2	88 34,1	25 9,7	40 15,5	31 12,0	9 3,5	258 26,3
Allegados	20 13,4	53 35,6	28 18,8	24 16,1	17 11,4	7 4,7	149 15,2
Columna	161	344	140	190	100	46	981
Total	16,4	35,1	14,3	19,4	10,2	4,7	100,0

La vigencia de una identidad obrera contrasta con una baja identificación con la clase media (solamente 2 de cada 10 respondientes), una tasa difícil de comparar con estudios

anteriores¹. La primacía de las identidades no mesocráticas, sin embargo, no va acompañada de hostilidad hacia la clase media: 5 de cada 10 respondientes tienen una imagen "positiva" de la clase media, proporción que varía desde 3,8 (entre los que se identifican con el "pueblo") hasta 7,3 (entre los que lo hacen con la propia "clase media"). La imagen del "pueblo" es obviamente todavía más positiva (7 de cada 10 respondientes), aumentando entre los que se autoidentifican como "pueblo", que se revela así como la categoría ideológicamente más fuerte entre todas.

La relación entre la "imagen del pueblo" y la "imagen de la clase media" permite construir el siguiente diagrama².

Diagrama Percepción de la Sociedad

	POSITIVA	NEGATIVA
Positiva	A Orientación integrativa	B Orientación autoritaria
Negativa	D Orientación comunitaria	C Orientación anómica

(a) La imagen positiva del pueblo está compuesta por combinaciones entre los términos "solidaria", "religiosa", "sencilla" y "oprimida"; la imagen negativa por los términos "ignorante" y "floja" en combinación con los anteriores (exceptuando "solidaria").

(b) La imagen positiva de la clase media está compuesta por combinaciones de los términos "esforzada", "moderada" y "educada"; la imagen negativa por los términos "arribista", "materialista" e "individualista" (aceptándose su combinación con "educada").

Estos datos muestran que prevalece una orientación tolerante o integrativa (cuadrante A), sobre todo entre los que se autodefinen como "clase media", donde también se localiza con mayor intensidad relativa el síndrome autoritario (cuadrante C). Las identidades "obrera", "pueblo" y "clase baja" son también altamente tolerantes, aunque todas tienen como segunda marca modal (a diferencia de la "clase media") la orientación comunitarista o antimesocrática (cuadrante B). Esta orientación es particularmente fuerte entre los que se identifican con el "pueblo", que aparece de esta manera como una categoría moral (a diferencia de las identidades de clase) y va acompañada, por ende, de mayor descalificación moral hacia la clase media. La intensidad de esta orientación comunitaria, no obstante, es relativamente baja, lo que indica la ausencia de identidades endocéntricas, pese a los procesos de segmentación social que se han producido.

¹ La encuesta CIDU (1969) usó tres categorías con los siguientes resultados: "clase media" (48,5%), "proletariado" (16%) y "clase baja" (35,5%). La encuesta PORTES (1968) distinguió también tres: "clase media" (13%), "clase trabajadora" (65%) y "clase baja" (22%). La encuesta Aldunate (1970) se aproxima a la nuestra por la nomenclatura y los resultados obtenidos: "clase obrera" (50%), "clase media" y "empleados" (23%), "pobres" (20%). Nuestros datos pueden considerarse dentro de la pauta histórica que se caracteriza por una identidad centrada en el trabajo, aunque tal vez las categorías "clase obrera" y "trabajador" han descendido algo por efecto de la crisis del empleo.

² Este índice tiene un defecto formal de construcción: las probabilidades estadísticas de menciones negativas son mayores para la "clase media" que para el "pueblo", e inversamente ocurre otro tanto. En la confección del índice se ha procurado equiparar al máximo estas probabilidades sin distorsionar el contenido: específicamente se aumentaron las probabilidades de una mención negativa del "pueblo". A pesar de este sesgo que conspira contra una imagen positiva de la clase media, los datos mostraron que tal es justamente la tendencia modal.

Cuadro N° 3
Imagen del pueblo e imagen de la clase media

IMAGEN PUEBLO						ROW TOTAL	
	COUNT	PCT	TOT	PCT			
	MIXTA		MIXTA		POSIT.	NEGAT.	
Imagen			34		125	58	217
			15,7		57,6	26,7	22,1
			3,5		12,7	5,9	
Clase			48		345	89	482
			10,0		71,6	18,5	49,1
			4,9		35,2	9,1	
Media			35		187	60	282
			12,4		66,3	21,3	28,7
			3,6		19,1	6,1	
	COLUMN.		117		657	207	981
	TOTAL		11,9		67,0	21,1	100,0

Afirmación de una identidad obrera y una percepción tolerante de la sociedad resultan ser la tendencia modal según estos datos. La identidad obrera no es una identidad cerrada, excluyente, sino más bien un punto medio que se ubica entre la clase media (cuya imagen está dotada de empleo estable, casa propia, mejores barrios y, eventualmente, vehículo) y la clase baja (asociada simbólicamente a la miseria y degradación social). La tendencia modal es situarse en un punto equidistante entre integración y marginalidad. La vigencia de una identidad obrera, en este sentido, expresaría sobre todo un anhelo de integración económica, antes que un principio de defensa y oposición social³.

³ La vigencia relativa del anhelo por una integración ocupacional obrera puede apreciarse en el cuadro de más abajo: la marca modal de dicho cuadro es efectivamente la preferencia por un "trabajo asalariado en la industria", aunque compite de cerca con la preferencia por un "trabajo independiente en el comercio".

Preferencia por Tipo de Trabajo y Rama de Actividad

	No respon.	Indus.	Const.	Comer.	Ad. Pub.	Trans.	Agríc.	Total
No responde	34	9	3	0	0	1	2	49
	69,4	18,4	6,1	0,0	0,0	2,0	4,1	5,0
	3,5	0,9	0,3	0,0	0,0	0,1	0,2	
Asalariado	13	194	76	56	23	22	26	408
	3,2	47,5	18,6	13,7	5,1	5,4	6,4	41,6
	1,3	19,8	7,7	5,7	2,1	2,2	2,7	
Independiente	16	85	29	170	16	31	33	380
	4,2	22,4	7,6	44,7	4,2	8,2	8,7	38,7
	1,6	8,7	3,0	17,3	1,6	3,2	3,4	
Cooperativa	7	65	31	17	8	7	9	144
	4,9	45,1	21,5	11,8	5,6	4,9	6,3	14,7
	0,7	6,6	3,2	1,7	0,8	0,7	0,9	
TOTAL	70	353	139	243	45	61	70	981
	7,1	36,0	14,2	24,8	4,6	6,2	7,1	100,0

En el siguiente diagrama se han reunido diferentes "modelos de orientación": visto horizontalmente, los cuadrantes superiores incluyen modelos seculares, mientras todos los inferiores mencionan la fe como orientación cultural; visto verticalmente, los cuadrantes de la derecha mencionan características fuertemente comunitaristas (solidaridad y familia), mientras los cuadrantes de la izquierda aparecen más inclinados hacia el logro y la integración social.

Diagrama de Orientaciones Culturales*

A	Educación Trabajo	B	Educación Organización	C	Educación Familia	D	Educación Solidaridad
E	Fe Trabajo	F	Fe Educación	G	Fe Familia	H	Fe Solidaridad

* La pregunta exacta es la siguiente: ¿Cuáles de estos medios son para usted los más importantes para salir adelante en la vida?: (1) La educación, (2) El trabajo y el esfuerzo personal, (3) La organización, (4) La fe en Dios, (5) La unidad de la familia, (6) La solidaridad entre la gente, (7) La política económica de los gobiernos, (8) La suerte.

En el eje horizontal —que marca la línea de secularización— los resultados aparecen equiparados: 40,6% de los respondentes no menciona la fe en la pareja de términos admitidos, 43,2% lo hace. Esto indica la importancia de la religiosidad en el mundo popular, tal vez más visible que en el pasado, dada la crisis de los modelos seculares de identidad e integración social. En el eje vertical —que marca la línea de comunitarismo— encontramos un claro predominio de los modelos integrativos por encima de aquellos que indican repliegue hacia la vida privada o endogrupal. La orientación principal no se dirige hacia el refugio y el rechazo de la sociedad: antes bien, predomina una actitud por defensa e integración popular.

La demanda secular por integración se desdobra en dos modelos: "educación y trabajo" (o modelo de movilidad individual) y "educación y organización" (o modelo de movilidad colectiva). Los datos muestran la preponderancia de la educación como vehículo de integración, pese a los desajustes entre escolaridad y logro. La educación está muy por encima de los términos "organización" y "trabajo". Es de sobra conocido que la legitimidad cultural y eficacia social del trabajo es baja en nuestras sociedades, sobremanera en condiciones de crisis y desempleo masivo. Los bloqueos en la movilidad individual no empujan, empero, hacia la búsqueda de movilidad colectiva; también aquí influyen los efectos de descomposición social de la crisis (declive de la participación

social)⁴. Con todo, conviene recordar que el prestigio histórico de las organizaciones de intereses y la disposición hacia una acción colectiva nunca han sido muy altas. Por eso, en plena década del sesenta, descubrió una relación de 5 a 1 en la preferencia por mecanismos individuales versus colectivos de movilidad social. De cualquier modo, la orientación hacia la movilidad no es la actitud predominante en el mundo popular en las actuales condiciones de crisis.

⁴ El declive de la participación social queda confirmado con los datos que se presentan más abajo: estos muestran que entre 70% (jefes de hogar) y 80% (cónyuges) de los pobladores carece de participación social alguna. La diferencia entre unos y otros se debe a la organización de los hombres en clubes deportivos; las mujeres tienen, en cambio, una mayor participación relativa en organizaciones vecinales (CEMAS) y religiosas.

Participación Social en el Mundo Poblacional

	Jefes de Hogar	Cónyuges
Ninguna	677 (69,0)	613 (76,3)
Sindicato	39 (4,0)	4 (0,5)
Cemas	7 (0,7)	44 (5,5)
J. Vecinos	53 (5,4)	39 (4,9)
C. Deportivos	137 (14,0)	7 (0,9)
I. Católica	42 (4,3)	53 (6,6)
I. Evangélica	51 (5,2)	57 (7,1)
Otras	12 (1,2)	12 (1,5)
TOTAL*	981 (103,8)	803 (103,3)

* El total relativo es mayor que 100 por efecto de casos de doble pertenencia.

La tasa de sindicalización es apenas del 4% en jefes de hogar: signo elocuente de los efectos de la desproletarización del empleo popular. La desafilación sindical (aquellos que dejaron de pertenecer a sindicatos) alcanza al 5,4% de los jefes de hogar. Esta tasa de desafilación es importante en términos relativos, pero indica que la sindicalización fue siempre más bien exigua. La participación en organizaciones vecinales es apenas más relevante: 5,5% de las cónyuges está organizada en centros de madres y similar proporción de jefes y cónyuges en juntas de vecinos. La desafilación en este caso es mucho más importante, especialmente en CEMAS (12,8% de las cónyuges ha dejado de pertenecer a CEMAS). La participación religiosa, por último, fluctúa entre 5 y 6%, tanto entre evangélicos como católicos (ver nota 5).

Cuadro Nº 4
Modelos de orientaciones de vida según tipo
de población

	Pobla- ciones	Operac. Sitio	Campa- mentos	Alle- gados	Total
No clasifica	42 14,5	42 14,7	48 18,6	28 18,8	160 16,3
Educ.+Trabajo	76 26,3	58 20,4	55 21,3	36 24,2	225 22,9
Fe+Trabajo	22 7,6	29 10,2	16 6,2	14 9,4	81 8,3
Educ.+Organ.	12 4,2	13 4,6	10 3,9	9 6,0	44 4,5
Fe+Educación	63 21,8	71 24,9	77 29,8	32 21,5	243 24,8
Educ.+Familia	30 10,4	37 13,0	22 8,5	13 8,7	102 10,4
Fe+Familia	30 10,4	18 6,3	12 4,7	12 8,1	72 7,3
Educ.+Solidar.	6 2,1	8 2,8	10 3,9	3 2,0	27 2,8
Fe+Solidar.	8 2,8	9 3,2	8 3,1	2 1,3	27 2,8
COLUMNA	289	285	258	149	981
TOTAL	29,5	29,1	26,3	15,2	100,0

La cuestión central en nuestros datos es la importancia de la mención religiosa. La conexión entre renacimiento religioso y pauperización resulta a primera vista verosímil: la crisis ha producido una situación aguda de incertidumbre y desamparo que replantea la contradicción social, en términos límites, como una contradicción entre vida y muerte. Es, en efecto, el fracaso de los mecanismos seculares de organización social (principalmente la neutralidad estatal) por defender las formas elementales de la vida (derechos humanos, seguridad, identidad colectiva, dignidad, provisión de necesidades básicas). La religión recobra su vigor en estas condiciones, respaldada por un fuerte sustrato cultural católico en el mundo popular, pertinazmente presente pese al secularismo urbano.

La inclinación religiosa toma varias direcciones, aunque una es la predominante: aquella que combina educación y fe (modelo F). Una hipótesis posible es que esta asociación constituya un modelo de integración cultural en una situación en que prevalece la amenaza de la anomia y la crisis de las expectativas de logro social. La cuestión central es que la fe aparece desligada de todo milenarismo: no es un principio de oposición frente al mundo secular, sino la afirmación de una identidad, en el marco de la crisis de la modernización. Los modelos G (fe más familia) y H (fe más solidaridad) son en cambio

modelos que tienden hacia el milenarismo: en el límite, se trata, en un caso, del pentecostalismo y, en el otro, de las nuevas orientaciones del populismo católico. Ambas son modalidades del refugio comunitario: afirmación de valores (más o menos religiosos) contra el mundo secular. Aunque las armas sean diametralmente opuestas (en un caso, indiferencia frente al mundo; en otro, la praxis solidaria y finalmente revolucionaria), la orientación es la misma: la búsqueda de salvación fuera del espacio de las instituciones sociales. Es probable que los modelos G y H que comentamos no indiquen exactamente una actitud milenarista, sino solamente comunitarista (repliegue y defensa en la vida privada o grupal frente a la crisis). Queda en pie, sin embargo, que la religiosidad predominante tiene poco que ver con ambas orientaciones: por un lado, no está conectada con una ideología comunitarista, sino que persiste como religiosidad básicamente ritual (cuya expresión ordinaria es sobremana el culto mariano); por otro lado, no existe milenarismo religioso (pese a la presencia del pentecostalismo⁵ y de las corrientes vinculadas a la teología de la liberación), tan característico en circunstancias de pauperización aguda. El centro de la religiosidad popular parece apartarse de ambos caminos.

La tasa de secularización (sumatoria de todos los modelos que no mencionan la fe) registra las variaciones esperadas: es mayor entre los hombres (55%) respecto de las mujeres (45%). También disminuye consistentemente con la edad (desde 52% entre los menores de treinta años hasta 43% entre los mayores de sesenta). Las identidades "pueblo" y "clase media" resultan las más secularizadas, aunque por razones distintas: la "clase media" prefiere el modelo A (de movilidad individual) y los que se identifican con el "pueblo" anotan más el modelo B (de movilidad colectiva). La identidad obrera se apega estrictamente a los promedios generales (lo que desmiente el carácter fuertemente secular que comúnmente se adjudica a aquella). La identificación con la "clase baja", por último, está mejor asociada con el modelo E (fe más trabajo), tal vez el único medio donde la educación pierde su prestigio y capacidad de cohesión cultural.

La tasa de secularización está fuertemente asociada a la escolaridad: los valores fluctúan entre 43,5% para aquellos que poseen baja escolaridad (hasta primaria completa), y 60,8% para los con alta escolaridad (secundaria completa y más). La escolaridad determina con mucha claridad las preferencias por el modelo A (movilidad individual), mientras hace disminuir las anotaciones en el modelo F (católico). La educación tiene entonces un claro efecto secularizador.

Los datos hasta aquí presentados muestran —a riesgo de ser reiterativos— que los procesos de fragmentación social del mundo popular no se reproducen en el plano de las orientaciones culturales. El mundo poblacional no es un apartheid cultural. La contestación popular frente a la crisis es más bien la recuperación de los modos tradicionales de integración: la afirmación de una identidad obrera como modo de integración económica y la vigencia de una identidad religiosa como sostén cultural.

⁵ La hipótesis acerca de un auge del pentecostalismo popular no aparece confirmada según nuestro estudio. La tasa de pentecostalismo alcanzó a 5,2% y 7,1% en jefes de hogar y cónyuges, respectivamente: una proporción inferior a la estimada en otras encuestas (Portes, 12%; CIDU, 11% y similar a Aldunate). La distribución del pentecostalismo tampoco registra variaciones de importancia: son igualmente fuertes en poblaciones y campamentos, aunque en estos últimos duplican la tasa de participación católica, lo que seguramente los hace más visibles. La participación organizada en la Iglesia Católica es algo menor que la pentecostal (4,3% y 6,6% en jefes de hogar y cónyuges, respectivamente); el peso de la organización católica está concentrado claramente en las poblaciones (incluyendo operaciones sitio), quizás como resultado de su estructura parroquial histórica. Estos datos sobre la magnitud de la organización católica confirman el carácter predominantemente ritual de la religiosidad popular.

II. POBLADORES Y SOCIEDAD: UNA CONCIENCIA DEFENSIVA

Entre los pobladores predomina una orientación que podemos calificar de defensa social frente a los efectos desintegradores de la crisis. Esta amenaza desintegradora tiene dos signos principales: el desempleo y la delincuencia, el mundo de la anomia social. La reacción predominante entre los pobladores será, por consiguiente, la defensa del empleo y de niveles mínimos de subsistencia (que reemplaza la apelación por participación y movilidad social de tiempos pasados) y la demanda por seguridad (que se sobrepone a la organización y presión reivindicativa de otrora). La crisis produce una conciencia defensiva: evitar la desorganización social se convierte en la orientación predominante. Ya hemos visto algunos indicadores de esta conciencia defensiva: vigencia de una identidad obrera tradicional, renacimiento religioso, menoscabo de los modelos u orientaciones hacia la movilidad social. En las páginas siguientes se agregarán indicadores más explícitos todavía: demanda por seguridad, ausencia de antagonismos sociales y escasa disposición hacia el conflicto.

Cuadro Nº 5

Estructura de la demanda urbana

	0 No Resp.	1 Pavi- mento	2 Vigil. polic.	3 Loco- moción	4 Infra. Dep.	5 Infra. Salud	6 Vigil. Moral	7 Infra. Educ.	8 Luz Public.	Total
0 No rep.	10 (1,0)	10 (1,0)	16 (1,6)	—	1 (0,1)	2 (0,2)	—	—	—	39 (4,0)
1 Pavimento	10 (1,0)	—	217 (22,1)	5 (0,5)	11 (1,1)	92 (0,4)	18 (1,8)	13 (1,3)	35 (3,6)	401 (40,9)
2 Vig. policial	16 (1,6)	217 (22,1)	—	18 (1,8)	17 (1,7)	199 (20,3)	67 (6,8)	24 (2,4)	68 (6,9)	609 (62,1)
3 Locomoción	—	5 (0,5)	18 (1,8)	—	1 (0,1)	7 (0,7)	3 (0,3)	—	2 (0,2)	36 (3,7)
4 Infra. Deport.	1 (0,1)	11 (1,1)	17 (1,7)	1 (0,1)	—	11 (1,1)	4 (0,4)	3 (0,3)	8 (0,8)	56 (5,7)
5 Infra. Salud	2 (0,2)	92 (9,4)	199 (20,3)	7 (0,7)	11 (1,1)	—	31 (3,2)	36 (3,7)	35 (3,6)	413 (42,1)
6 Vigil. moral	—	18 (1,8)	67 (6,8)	3 (0,3)	4 (0,4)	31 (3,2)	—	7 (0,7)	6 (0,6)	136 (13,9)
7 Infra. Educ.	—	13 (1,3)	24 (2,4)	—	3 (0,3)	36 (3,7)	7 (0,7)	—	4 (0,4)	87 (8,9)
8 Luz public.	—	35 (3,6)	68 (6,9)	2 (0,2)	8 (0,8)	35 (3,6)	6 (0,6)	4 (0,4)	—	158 (16,1)
	39 (4,0)	401 (40,9)	609 (62,1)	36 (3,7)	56 (5,7)	413 (42,1)	136 (13,9)	87 (8,9)	158 (16,1)	981 (100,0)

La primacía de la demanda por seguridad en las poblaciones es un primer rasgo que conviene destacar. La inseguridad es mencionada 6 de cada 10 veces como uno de los principales problemas que afectan actualmente a los pobladores. La mitad de éstos reclama por el deterioro de las normas formales de convivencia social: falta de seguridad, limpieza, respeto y privacidad, los valores básicos de habitabilidad en los barrios de clase media. La ausencia de solidaridad reúne menos menciones. Tal vez las relaciones de solidaridad vecinales hayan incluso mejorado en estos años: el proceso de diferenciación no se acrecienta, las divisiones políticas se han cerrado, la propia crisis empuja hacia la colaboración y la ayuda mutua. La amenaza contra la estabilidad de las relaciones colectivas proviene en parte de los jóvenes envueltos en el ciclo del desempleo crónico, la

revuelta social y las conductas anómicas; y, obviamente, del lumpen. La falta de orientación es también menos relevante, lo que revela la ausencia de oportunidades y orientación hacia la acción colectiva. La cuestión principal es asegurar la sobrevivencia, defender la estabilidad de la familia y la vida privada y mejorar las condiciones de habitabilidad en las poblaciones: en definitiva, sortear la crisis y evitar la desintegración social que asume múltiples rostros (alcoholismo, drogadicción de los hijos, deserción escolar, cesantía de los jefes de hogar). El horror a la lumpenización es efectivamente el sostén de actitudes aparentemente conservadoras y quietistas.

El tema de la inseguridad remite a la demanda por vigilancia policial, marcada también por 6 de cada 10 respondientes, equiparando la demanda por servicios básicos de urbanización (pavimentación, instalaciones deportivas, alumbrado público). Los resultados de la encuesta DESAL muestran el trastocamiento del sentido de la demanda popular: en aquella, la petición por urbanización (que incluía, junto con los indicadores anteriormente nombrados, la provisión de agua potable y alcantarillado) concentraba el 57% de las respuestas, mientras la vigilancia policial era el reclamo de 20% de los pobladores. En nuestra encuesta (también con una pregunta de respuesta múltiple), la protección policial es demandada por 62% de los respondientes, proporción que equipara el conjunto de las demandas por urbanización material. La infraestructura urbana obviamente ha mejorado desde los tiempos de DESAL (descontando el problema de la vivienda): se mantiene una petición fuerte por pavimentación, pero caen abruptamente otros ítems, especialmente la demanda por mejorar el transporte urbano. La demanda popular se concentra más activamente que otrora, sin embargo, en los problemas de la infraestructura sanitaria. Protección policial y salud son significativamente las demandas principales que hacen los pobladores: acaso otro signo de una actitud defensiva en medio de un proceso de pauperización aguda.

Cuadro Nº 6
Principales demandas populares

	Poblaciones	Operación Sitio	Campamen- tos	Allega- dos
Demanda urbana	Vigilancia	Vigilancia	Vigilancia	Vigilancia
	Salud	Pavimentación	Salud	Salud
	Pavimentación	Salud	Pavimentación	Pavimentación
Demanda socioeconómica	Ed. Sup. Grat.	Salario Min.	Control Precios	Control Precios
	Control Precios	Control Precios	Salario Min.	Salario Min.
	Salud Grat.	Ed. Sup. Grat.	Ed. Sup. Grat.	Vivienda

La demanda socioeconómica, por otra parte, se concentra en la defensa de niveles mínimos de ingreso: el control de precio del pan y otros alimentos básicos (40%) y el aumento del empleo y salario mínimo en los programas PEM y POJH (37%). En este caso, la dispersión de la demanda es más pronunciada: en los sectores donde se localizan los mejores niveles de vida, prima la demanda central de la clase media baja: educación técnica y superior gratuita para sus hijos. En este estrato, la crisis ha afectado sobre todo las oportunidades de movilidad educacional, que históricamente ha sido su canal de promoción social. La provisión y defensa de ingresos mínimos, en cambio, se convierte en

la demanda principal a medida que la pauperización se hace más aguda. Finalmente, los hogares allegados marcan una prioridad por la disponibilidad de vivienda, por razones evidentes. Todo esto muestra, pues, que junto con la seguridad, la sobrevivencia antes que la movilidad es la preocupación central de los pobladores.

Cuadro Nº 7
Estructura de la demanda socioeconómica

	0 No Resp.	1 Más POJH	2 Viv. Soc.	3 Subsi. Escol.	4 Salud Gratuit.	5 Fijación Precios	6 Univ. Grat.	Total
No resp.	17 (1,7)	1 (0,1)	—	3 (0,3)	1 (0,1)	3 (0,3)	1 (0,1)	26 (2,7)
Más POJH	1 (0,1)	—	58 (5,9)	61 (6,2)	60 (6,1)	121 (12,3)	64 (6,5)	365 (37,2)
Vivienda social	—	58 (5,9)	—	41 (4,2)	37 (3,8)	52 (5,3)	43 (4,4)	231 (23,5)
Subd. escolar	3 (0,3)	61 (6,2)	41 (4,2)	—	48 (4,9)	39 (4,0)	64 (6,5)	256 (26,1)
Salud gratuit.	1 (0,1)	60 (6,1)	37 (3,8)	48 (4,9)	—	85 (8,7)	78 (8,0)	309 (31,5)
Fijación precios	3 (0,3)	121 (12,3)	52 (5,3)	39 (4,0)	85 (8,7)	—	104 (10,6)	404 (41,2)
Univ. gratuit.	1 (0,1)	64 (6,5)	43 (4,4)	64 (6,5)	78 (8,0)	104 (10,6)	—	354 (36,1)
	26 (2,7)	365 (37,2)	231 (23,5)	256 (26,1)	309 (31,5)	404 (41,2)	354 (36,1)	981 (100,0)

En las páginas siguientes se presentan dos tablas que miden las relaciones de afinidad y distancia de los pobladores respecto del mundo social en que viven. En el primero de ellos —evaluación de personajes característicos del barrio o pobladores— se aprecia la ausencia de contradicciones sociales muy profundas en el mundo popular. Algunos de estos datos merecen comentarios especiales:

- a) La evaluación de "comerciantes establecidos" y "choferes" —la clase media económica en las poblaciones— no es negativa (promedios 4,9 y 4,6, respectivamente), expresión tal vez del carácter no inflacionario de la crisis actual. El encono popular contra comerciantes, empresarios y choferes ha sido característico de períodos de crisis inflacionarias, cuya manifestación principal es el alza reiterada del costo de la vida y bienes de subsistencia. Las crisis de precios se han encontrado históricamente en el trasfondo de los llamados "motines de subsistencia", que asumen el carácter de revueltas populares contra la carestía de la vida y se manifiestan en ataques contra el comercio y el transporte. La crisis actual se presenta, en cambio, como una crisis de empleo (los episodios tipo "motín de subsistencia" han sido esporádicos), que no alcanza tampoco los límites del hambre como cuestión generalizada. La crisis carece de adversarios sociales muy precisos (véase también la evaluación de los empresarios —más adelante): el antagonismo repercute inmediatamente sobre el gobierno.

Evaluación de personajes del barrio o población

	0	1	2	3	4	5	6	7	Promedio
Comerciantes	35 (3,6)	64 (6,5)	33 (3,4)	64 (6,5)	159 (16,2)	302 (30,8)	146 (14,9)	178 (18,1)	4,9
Profesores	76 (7,7)	10 (1,0)	8 (0,8)	17 (1,7)	43 (4,4)	126 (12,8)	219 (22,3)	482 (49,1)	6,6
Choferes	24 (2,4)	86 (8,8)	37 (3,8)	70 (7,1)	184 (18,8)	282 (28,7)	166 (16,9)	132 (13,5)	4,16
Carabineros	56 (5,7)	185 (18,9)	64 (6,5)	88 (9,0)	127 (12,9)	149 (15,2)	129 (13,1)	183 (18,7)	4,2
Jóvenes	23 (2,3)	118 (12,0)	77 (7,8)	105 (10,7)	196 (20,0)	213 (21,7)	131 (13,4)	118 (12,0)	4,2
Cura o pastor	169 (17,2)	24 (2,4)	16 (1,6)	29 (3,0)	60 (6,1)	110 (11,2)	202 (20,6)	371 (37,8)	5,8
Médicos	60 (6,1)	87 (8,9)	45 (4,6)	64 (6,5)	140 (14,3)	170 (17,3)	170 (17,3)	245 (25,0)	4,9
Volados	49 (5,0)	703 (71,7)	65 (6,6)	31 (3,2)	55 (5,6)	41 (4,2)	22 (2,2)	15 (1,5)	1,7
Vecinos	31 (3,2)	41 (4,2)	30 (3,1)	52 (5,3)	128 (13,0)	239 (24,4)	241 (24,6)	219 (22,3)	5,2

- b) La evaluación de "profesores" y "médicos" —la clase media profesional— es muy disímil (promedios 6,6 y 4,9, respectivamente). Los "profesores" tienen la legitimidad de los "curas" (promedio 5,8, incluyendo a los "pastores evangélicos", que hacen disminuir el prestigio del párroco católico). Profesores y curas son liderazgos populistas, a la vez protectores de la comunidad y agentes de la promoción popular. Ninguno es visto como funcionario; unos, los "profesores", expresan el anhelo de integración social (en la vertiente laica, republicana, estatista plenamente vigente, pese a la virtual desaparición de la ideología del Estado docente); otros, los "curas", expresan la misma aspiración en la vertiente católica, como se comentará más adelante. Los "médicos" no tienen la fuerza expresiva de los "profesores", pese a que comparten la misma tendencia hacia la profesionalización: son vistos como funcionarios, desaparecido el antiguo carisma ("el médico de pobres"), y sobre ellos cae la responsabilidad del deterioro de la medicina social.
- c) La evaluación de los "carabineros" —quien, junto con los "profesores", constituyen la principal mediación estatal en el mundo popular— es totalmente dispar (promedio 4,2): son simultáneamente los agentes de la demanda por protección y seguridad, pero también el signo de la represión estatal. Las respuestas tienden entonces a polarizarse: el antagonismo es tan fuerte como el reconocimiento. La hostilidad contra los "carabineros" —de todos modos— es mayor que cualquiera otra: solamente en relación a ellos (exceptuando, obviamente, al lumpen) se advierte clara animadversión.
- d) La evaluación de los "vecinos" tiende a ser positiva (promedio 5,2), lo que confirma un nivel relativamente alto de integración y solidaridad vecinales. Las tensiones aumentan solamente con respecto a los "jóvenes" (promedio 4,2). La separación entre el mundo adulto y los jóvenes —aunque no es particularmente aguda— delata la presencia de conflictos soterrados: los jóvenes sufren condiciones de exclusión más severas, son proclives a las conductas anómicas, muestran mayor disposición al conflicto social, todas actitudes que contrastan con el retraimiento adulto. Usualmen-

te, sin embargo, predomina una actitud paternalista y comprensiva frente a los jóvenes, pocas veces hostil. Las relaciones de solidaridad colectivas no aparecen demasiado quebrantadas, aunque tienen límites precisos: por abajo, una animadversión unánime hacia el lumpen; por arriba, una reacción ambivalente contra la represión policial.

La segunda tabla permite añadir otras consideraciones:

- a) En primer lugar, la discreta evaluación que se realiza de la red estatal en las poblaciones: los alcaldes (promedio 4,6), juntas de vecinos (4,5) y centros de madres (4,7). Ni hostilidad ni adhesión: los alcaldes tienen una imagen neutra o funcionaria, lo mismo que las organizaciones de base. Es la desaparición del Estado en el mundo popular, principalmente de los liderazgos populistas y del proceso de promoción popular de décadas anteriores. La neutralidad funcionaria de los municipios, el declive de la participación de base y la ausencia de una legitimación, ya sea populista o democrática de los alcaldes, son los principales signos de esta descomposición.

Cuadro Nº 9
Evaluación de instituciones sociales

	0	1	2	3	4	5	6	7	Promedio
Iglesia	59	23	13	17	50	137	217	465	6,0
Católica	(6,0)	(2,3)	(1,3)	(1,7)	(5,1)	(14,0)	(22,1)	(47,4)	
Juntas de Vecinos	110	79	49	76	187	218	151	111	4,5
	(11,2)	(8,1)	(5,0)	(7,7)	(19,1)	(22,2)	(15,4)	(11,3)	
Alcaldes	124	77	39	98	163	193	139	148	4,6
	(12,6)	(7,8)	(4,0)	(10,0)	(16,6)	(19,7)	(14,2)	(15,1)	
Sindicatos	344	20	17	47	129	164	151	109	5,0
	(35,1)	(2,0)	(1,7)	(4,8)	(13,1)	(16,7)	(15,4)	(11,1)	
Iglesias Evangélicas	203	50	32	43	109	157	150	237	5,1
	(20,7)	(5,1)	(3,3)	(4,4)	(11,1)	(16,0)	(15,3)	(24,2)	
Centros de Madres	149	63	34	93	164	166	173	139	4,7
	(15,2)	(6,4)	(3,5)	(9,5)	(16,7)	(16,9)	(17,6)	(14,2)	
Partidos	380	189	59	75	112	86	51	29	3,1
	(38,7)	(19,3)	(6,0)	(7,6)	(11,4)	(8,8)	(5,2)	(3,0)	
Empresarios	215	110	67	87	164	161	102	75	4,1
	(21,9)	(11,2)	(6,8)	(8,9)	(16,7)	(16,4)	(10,4)	(7,6)	
Universitarios	69	20	22	26	91	181	263	309	5,6
	(7,0)	(2,0)	(2,2)	(2,7)	(9,3)	(18,5)	(26,8)	(31,5)	

- b) La legitimidad de la Iglesia Católica (y antes de los "curas") es abrumadora (promedio 6,0, con una desviación estándar muy baja). Supera con creces la evaluación de los "sindicatos" (promedio 5,0) y obviamente de los partidos (promedio 3,1)⁶. La mediación social en el mundo popular es claramente la Iglesia, en un marco de menoscabo de las organizaciones reivindicativas (crisis del sindicalismo) y rechazo del sistema político (que se comentará en próximo acápite). El prestigio de la Iglesia

⁶ Los indicadores evaluativos que se han usado en esta parte difieren escasamente según el sexo y la edad de los respondentes: a) las mujeres siempre evalúan en promedio mejor que los hombres (aparecen ligeramente más indulgentes), con la sola excepción de los "partidos" donde por única vez se rompe esta regla; b) en cuanto a la edad, la única variación uniforme se produce en la evaluación de los "vecinos": la integración vecinal, en efecto, aumenta consistentemente con la edad.

Católica está asociado con su compromiso popular, según se desprende de nuestros datos: 6 de cada 10 pobladores prefieren una Iglesia "comprometida con los pobres", versus 2 de cada 10 que se inclinan por una "preocupada exclusivamente de los asuntos espirituales". Es la diferencia de legitimidad entre las iglesias católicas y evangélicas (estas últimas con un promedio de 5,1, lo que de paso muestra la desaparición del prejuicio popular contra los "canutos"). La Iglesia no aparece como "refugio de las masas" (según la hipótesis clásica de Lalive sobre el pentecostalismo), sino como expresión de una demanda por protección (defensa de la comunidad o de los pobres) e integración nacional (recuperación de los derechos frente al Estado).

La legitimidad social de la Iglesia ("compromiso con los pobres") es igualmente fuerte en todos los modelos de orientación cultural vistos en el acápite 1, exceptuando los modelos religiosos de índole comunitarista ("fe + familia" y "fe + solidaridad"), donde la petición por una Iglesia intimista es algo mayor. La legitimidad religiosa es congruente, por lo tanto, con la legitimidad social.

El prestigio de la Iglesia está indudablemente más allá del ámbito religioso: es expresión de una sociedad fuertemente clericalizada, donde el clero ha congregado simultáneamente una legitimidad religiosa (que mantiene pese a la presión por confinar la religión a la vida privada), moral (defensa de los derechos humanos), social (solidaridad y defensa de los pobres) y política (consenso democrático). ¿Cómo es posible discernir este conjunto de legitimidades que expresaría la Iglesia? Nuestra hipótesis es que la Iglesia reúne principalmente una legitimidad de carácter nacional-populista en las clases populares. Una tal legitimidad significa *strictu sensu* esto: a) que no está ubicada a nivel del sistema político —la Iglesia como constructora y respaldo del consenso democrático— y, por ende, la adhesión a ésta no se deriva solamente de un carácter de oposición política; b) que tampoco está en el plano de la moral —defensa de los derechos humanos—. La Iglesia —en los ojos del mundo popular— es pueblo (compromiso con los pobres) y nación (preservadora de la unidad), es decir, portavoz de los anhelos de integración popular en la nación (y en modo alguno fuera de ella). A riesgo de ser esquemáticos, se puede decir que democracia y derechos humanos constituyen el principio de legitimidad de la Iglesia a nivel de la clase media; pueblo y nación, aquel que posee mayor eficacia entre las clases populares.

Habitualmente se ha interpretado la renovación postconciliar de la Iglesia como el desplazamiento de sus compromisos desde la oligarquía a la democracia moderna: es posible imaginar, sin embargo —a la luz de la experiencia de las últimas décadas— que la tendencia central no sea exactamente ésta, sino su creciente legitimación como un actor nacional-populista, un tipo de legitimación virtualmente desaparecido del escenario político.

Una conciencia social defensiva, ausencia de adversarios sociales (y próximamente agregaremos una imagen más bien negativa de la política), se combinan para arrojar una disposición muy baja hacia el conflicto. Existe, para comenzar, un rechazo unánime a la violencia política como instrumento de protesta social (9 de cada 10 respondientes rechaza los "apagones de luz"). Tampoco las "protestas nacionales" reúnen simpatía (más de 6 de cada 10 respondientes se opone a éstas). La acción política se encuentra, según parece, demasiado asociada a la violencia, la represión y la desorganización social. El cierre de los canales institucionales de expresión popular no producen una mayor disposición al conflicto, sino mayor retraimiento, según se ha visto por doquier en diferentes estudios sociológicos.

La legitimidad de la acción reivindicativa, sin embargo, crece bastante: el rechazo a las "tomas de terreno" baja a 4 de cada 10 respuestas, y a las "huelgas sindicales" apenas a 2,5 de cada 10. Entre los allegados (siempre ligeramente más dispuestos al conflicto), las "tomas de terreno" marcan 40% de adhesión, lo que revela un potencial importante de conflicto en torno a la demanda por sitio y vivienda. La legitimidad de la huelga se inscribe, por su parte, dentro de una larga tradición histórica y muestra la inclinación popular por acciones de carácter institucional.

Cuadro Nº 10
Disposición al conflicto social

	No Responde	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desa- cuerdo	Muy en Desacuerdo	Total
Apagones de luz	14 (1,5)	10 (1,0)	25 (2,5)	46 (4,7)	338 (34,5)	548 (55,9)	981 (100,0)
Protestas	15 (1,5)	23 (2,3)	133 (13,6)	186 (19,0)	415 (42,3)	209 (21,3)	981 (100,0)
Tomas de Terreno	21 (2,1)	48 (4,9)	281 (28,6)	211 (21,5)	340 (34,7)	80 (8,2)	981 (100,0)
Huelgas	64 (6,5)	33 (3,4)	285 (29,1)	350 (35,7)	207 (21,1)	42 (4,3)	981 (100,0)

La imagen de las poblaciones de la periferia urbana como "zonas calientes" no tiene, pues, asidero, salvo por el descontento de los jóvenes, cuya inclinación al conflicto es probadamente mayor. La protesta y la lucha social se revelan así como un asunto claramente generacional. El poblador adulto tiende, en cambio, hacia el retraimiento y la apatía⁷.

Los indicadores recién expuestos confirman nuestra hipótesis inicial: la tendencia hacia el retraimiento debe ser interpretada como una reacción ante las fuerzas desorganizadoras de la vida nacional, explícitamente presentes en fenómenos tales como la delincuencia, la pauperización y la violencia política. Esta hipótesis sugiere también que la vinculación del mundo popular a la nación es mucho más sólida de lo que comúnmente se admite: incluso en un marco de crisis operan fuertes tendencias centrífugas, que impiden un proceso de dispersión y fractura social. ¿Cuáles son estas fuerzas centrífugas? Esta es una pregunta abierta, cuya respuesta quizás pueda encontrarse en una palabra: la tradición.

III. POBLADORES Y DEMOCRACIA: VIGENCIA DEL POPULISMO

En este campo de análisis nuestros datos entregan una tendencia central: la predominancia de una actitud de rechazo o indiferencia frente al sistema político. Tres indicadores confirman esto: la desconfianza frente a los partidos, la debilidad de la demanda democrática y la petición por autoridad. La imagen de los "partidos políticos" pudo apreciarse en el cuadro anterior (promedio 3,1); dicha imagen no aparece afectada por el

⁷ La disposición al conflicto es algo menor entre las mujeres, aunque las diferencias no son relevantes. Tampoco la edad arroja disparidades significativas. Nuestra conclusión, que postula una baja conflictividad social, puede extenderse al conjunto de los pobladores adultos sin mayores riesgos.

sexo, la edad ni el lugar de habitación de los respondientes. La demanda por autoridad política es asimismo reveladora: 4 de cada 10 pobladores se inclinan por una "autoridad fuerte y justa", mientras solamente 2 de cada 10 prefieren una "amplia libertad política". La demanda por democracia, en cambio, es algo más fuerte: 3 de cada 10 pobladores consideran que con democracia "mejorará el país" y solamente 1,6 declaran que la democracia no traerá mayores beneficios. La valoración de la democracia (al revés de los restantes indicadores aludidos) aumenta con la edad (se da en 4 de cada 10 respondientes mayores de 60 años versus 3 de cada 10 entre los menores de 30 años) y es claramente más intensa entre los hombres (en una relación de 4 a 2,5 sobre 10 respuestas). No obstante, en todos estos casos —imagen de los partidos, valoración de la democracia y demanda por autoridad— prevalece una alta cuota de abstención y neutralidad. La orientación hacia el sistema político está marcada entonces por actitudes que oscilan entre el rechazo y la indiferencia.

Cuadro Nº 11
Orientación hacia el sistema político

	No responde	Positiva	Indiferente	Negativa
Imagen partidos	38,7	17,0	11,4	32,9
Demanda libertad	—	22,3	36,9	40,8
Valoración democracia	25,5	30,6	27,6	16,4

- a) Agrupa las notas que se otorgaron a los partidos políticos de la siguiente manera: (0) no responde; (5, 6, 7) positiva; (1, 2, 3) negativa;
- b) Resulta de una pregunta dicotómica del siguiente tipo: prefiere ("amplia libertad política"); positiva; prefiere ("una autoridad fuerte y justa"): negativa; e ("indiferente"): que contiene no responde e indiferente;
- c) Contiene la pregunta "¿cree Ud. que con democracia estaremos?": ("mejor que ahora"): positiva; ("más o menos igual o peor"): negativa; ("no sabe"): indiferentes, y ("no responde").

En este punto es necesario tener en cuenta la hipótesis acerca de la vigencia de una cultura nacional-populista en las clases populares⁸. La legitimación democrática del poder no forma parte de la mentalidad popular, donde predominan, en cambio, ora la indiferencia y abstención política (en sociedades con sistemas políticos cerrados o oligárquicos), ora las legitimaciones de tipo nacional-populista (caracterizadas por una relación directa entre pueblo y Estado). La ausencia de una cultura liberal contractualista (así sea en el plano de las regulaciones económicas como políticas) es un rasgo característico de la conciencia popular. Es discutible que el caso chileno —caracterizado

⁸ Distinguímos aquí el nacional-populismo (como apelación a la integración popular en la nación) de otros géneros de populismo que no implican integración nacional, especialmente los populismos revolucionarios (pueblo contra la nación). Usualmente se confunden ambos conceptos, pues ambos tienen como principio de oposición a la oligarquía, que bloquea justamente dicho proceso de integración. La ausencia de hostilidad hacia la clase media, la vigencia del principio de identidad religiosa en el sentido no comunitarista, la escasa disposición hacia el conflicto social, la demanda por Estado, etc., son todos indicadores que muestran que la orientación popular es nacional-populista.

por la estabilidad democrática, la movilidad de sus élites y la ausencia de populismos fuertes— sea una excepción. La base de sustentación popular del régimen democrático chileno fue siempre más que la legitimidad democrática del poder, la legitimidad a la vez populista y nacional del Estado, que se condensa en la imagen de la "autoridad presidencial". La estructura presidencialista de la democracia chilena es una hipótesis que conviene tener en cuenta: la autoridad presidencial tiene una cara populista y autoritaria, y otra institucional y democrática. La lealtad popular se da con la primera de estas caras: aquella que se encuentra por encima del sistema partidario (y a veces en contraposición con éste) y que apela a la integración popular en la nación como fuente de legitimidad. Mirados desde esta perspectiva, los datos obtenidos resultan menos sorprendentes.

La invocación de la democracia representativa y de la libertad política no tiene, pues, gran acogida popular. Las élites políticas no se autolegitiman, sino por su capacidad de conectar el Estado con el pueblo. El carácter que asuma esta mediación —una institucionalidad democrática o autoritaria— es relativamente indiferente. Prevalce quizá una inclinación hacia el "autoritarismo político", es decir, una preferencia por liderazgo puramente estatales; pero también es fuerte una predisposición neutra que históricamente ha tolerado la existencia y el juego de partidos como fuente de producción de liderazgos presidenciales. La lealtad popular, sin embargo, no se contrae con el sistema político —las reglas del juego democrático— sino con el Estado.

La coyuntura actual agrega nueva complejidad en este problema. La situación presente se caracteriza, en efecto, por un Estado neutro (que abdica de su papel de promoción e integración popular) y un sistema político impotente (incapaz, a su vez, de producir autoridad). Más aún, Estado y sistema político manifiestan por igual la crisis de la invocación populista: uno, a través del reforzamiento de su cara puramente autoritaria; otro, a través de la acentuación de sus rasgos puramente liberales (contractualistas). Entre la lógica de la represión y del pacto predomina el retraimiento político. Estado y pueblo aparecen hondamente divorciados, sociedad y política no se encuentran, principalmente, por la ausencia de una legitimación populista en el escenario nacional.

El cuadro próximo resume con mayor claridad aún la ausencia de una orientación fuerte hacia el sistema político. En él se presenta el orden de prioridad que se asigna a "partidos", "sindicatos" y "juntas de vecinos" en la resolución de los problemas populares en un escenario eventualmente democrático. Las combinaciones resultantes dan el siguiente diagrama.

Cuadro Nº 12
Modelos de organización colectiva

A	C	E
Partidos	Sindicato	Juntas de Vecinos
Sindicato	Partidos	Partidos
Juntas de Vecinos	Juntas de Vecinos	Sindicato
B	D	F
Partidos	Sindicato	Juntas de Vecinos
Juntas de Vecinos	Juntas de Vecinos	Sindicato
Sindicato	Partidos	Partidos

En los casilleros A y B se encuentran las combinaciones que otorgan primacía a los partidos (o modelos de representación políticos): la conexión partidos-sindicatos

constituye el modelo "democrático-liberal" que podríamos considerar tradicional; la conexión partidos-juntas de vecinos indica una suerte de partido populista (o "populismo democrático"), un modelo inexistente en nuestra tradición, donde imperó siempre la concertación entre partidos y sindicatos.

En los casilleros C y D se dan las combinaciones que otorgan prioridad al sindicato (o modelos corporativos): la conexión sindicato-partidos da origen a un modelo "laborista" donde se supone la sujeción del partido a los intereses obreros; la conexión sindicato-juntas de vecinos, en cambio, debe entenderse como la exclusión de toda mediación partidaria en la organización de la demanda social, o modelo "gremialista".

En los casilleros E y F se anotan finalmente las combinaciones que dan preponderancia a las juntas de vecinos (o modelos populistas, en cuanto las organizaciones vecinales expresan algo similar al "pueblo llano"): aquí la conexión juntas de vecinos-partidos debe entenderse como un modelo "clientelista" y, en alguna medida, puede asimilarse a los modelos corporativos del tipo "laborista", aunque de base no sindical; la conexión juntas de vecinos-sindicatos debe entenderse como un modelo "populista estatal o autoritario" en cuanto niega toda vinculación con los partidos⁹.

Cuadro Nº 13

Modelos de organización colectiva según tipo de población

	Población	Op. Sitio	Campamento	Allegados	Total
No responde	55	54	67	25	201
	19,0	18,9	26,0	16,8	20,5
Part.-Sind.-J. Vec.	39	34	24	21	118
	13,5	11,9	9,3	14,1	12,0
Part.-J. Vec.-Sind.	16	9	4	3	32
	5,5	3,2	1,6	2,0	3,3
Sind.-Part.-J. Vec.	34	39	19	17	109
	11,8	13,7	7,4	11,4	11,1
Sind.-J. Vec.-Part.	11	6	8	5	30
	3,8	2,1	3,1	3,4	3,1
J. Vec.-Part.-Sind.	49	56	51	25	181
	17,0	19,6	19,8	16,8	18,5
J. Vec.-Sind.-Part.	85	87	85	53	310
	29,4	30,5	32,9	35,6	31,6
COLUMNA	289	285	258	149	981
TOTAL	29,5	29,1	26,3	15,2	100,0

Nuestros datos dan tendencias bastante precisas: la primacía que se otorga a los partidos como organizadores de la voluntad colectiva es muy baja (15%), casi toda concentrada en el modelo democrático-liberal de carácter histórico. La preponderancia del sindicato es también baja (15%), asimismo concentrada en el modelo histórico que establece la conexión sindicato-partidos. Los modelos encabezados por juntas de vecinos son extraordinariamente más frecuentes, sobre todo el modelo populista estatal (32%), es decir, aquel que rechaza la intermediación partidaria y constituye al Estado en agente de integración popular; el modelo "clientelista" reúne también una proporción importante (18%).

⁹La interpretación del modelo F como comunitarista o autogestionario es desmedida: en realidad, el retrato a los partidos indica una orientación estatista, como se verá más adelante.

Cuadro Nº 14

Orden de prioridad que se asigna a partidos
políticos, sindicatos y juntas de vecinos

	Partidos	Sindicatos	Junta Vecinos
Primera mención	15,3	14,2	50,1
Segunda mención	29,6	43,6	6,4
Tercera mención	34,2	21,8	23,1

Otra vez aparece la minusvaloración de los partidos, sobremanera como principio de identidad popular (primera mención), pues observamos también que su imagen mora en cuanto agentes de intermediación de demandas sociales (segunda mención). Tampoco se aprecia un principio de identidad de clase fuerte en el mundo popular, lo que queda retratado en la escasa mención que obtiene el sindicato. El sindicalismo se mueve estrictamente en el plano de la organización de intereses y en este sentido abunda una lealtad puramente corporativa con éste. El principal principio de identidad existente no es político (en el sentido democrático) ni clasista, sino nacional-populista¹⁰.

Estos datos no son sorprendentes si nos atenemos a las respuestas obtenidas por DESAL hace ya dos décadas en una pregunta similar: entre las "instituciones en las cuales los pobladores creen que pueden ser escuchados", 32% mencionó las juntas de vecinos, 15% los sindicatos y 13% los partidos (un número similar mencionó "otras organizaciones" y "ninguna"). En nuestro estudio se verifica una pauta similar: partidos y sindicatos comparten cada uno un 15% de menciones principales, mientras las juntas de vecinos un 50%, una tasa mayor que la de DESAL, seguramente por el distinto formato técnico de las preguntas. CIDU y Portes obtuvieron parecidas conclusiones hacia el año setenta. Estas similitudes indican que los resultados son parte de una pauta histórica que se produce tanto en coyunturas abiertas como cerradas¹¹.

La relación entre estos modelos de organización colectiva y la orientación hacia el sistema político revela algunas cuestiones de importancia: a) la disposición hacia la democracia es nítidamente más fuerte en los modelos A (61%), B (50%) y C (56%), vale decir, en aquellos que otorgan primacía a los partidos (A y B) y en el modelo "laborista"

¹⁰ En la elección de estos modelos de organización colectiva, los factores discriminantes son la escolaridad y la ocupación: la marca modal (el modelo F populista estatal o autoritario) cambia únicamente entre los que poseen escolaridad superior, desplazándose hacia el modelo A, democrático-liberal. Igual cosa ocurre en los tramos superiores de la escala ocupacional, nítidamente entre los empleados de alta graduación. Conviene destacarla intensidad de este desplazamiento: la relación entre el modelo A y F entre los que no tienen escolaridad superior es 10,4% contra 33,7% y 28,7% contra 12,8% entre los que la tienen. Esta inversión casi simétrica se reproduce también en la escala ocupacional. Tales resultados confirman que la orientación democrática mejora con la posición social y constituye una pauta más bien característica de la clase media.

¹¹ Es necesario resguardarse contra explicaciones coyunturales. Hace veinte años se estimó que el auge de la organización vecinal y la promoción popular disminuía la adhesión política y sindical (Vandershuren, por ejemplo). Hoy podría afirmarse lo contrario, acentuando el colapso del sistema de partidos y los efectos de la desindustrialización en el prestigio del sindicalismo obrero. El prestigio de partidos y sindicatos, sin embargo, es históricamente bajo, como consta por doquier. Las encuestas CIDU y Portes, por ejemplo, jamás pudieron medir conciencia de clase fuerte, incluso en un período de intensa movilización nacional-popular. Lamentablemente pocos autores han reconocido en esta situación algo más que pura "alineación" o "efecto de la ideología dominante".

(C), que establece una conexión entre sindicatos y partidos; la actitud favorable hacia la democracia cae en los restantes modelos, el "gremialista" (27%) y aquellos que otorgan primacía a las juntas de vecinos (30% y 19%, respectivamente); b) la misma relación se observa a propósito de la demanda por autoridad que alcanza su punto más alto en los modelos D ("gremialista") y F ("populista autoritario"), con tasas del 50% y su punto más bajo en el modelo A ("democrático liberal"), con una tasa del 25%; c) por último, la actitud hacia los partidos revela iguales tendencias; la mayor tasa de rechazo se encuentra en los modelos D y F, la menor tasa en el modelo A, aunque en este caso, el modelo B ("populismo democrático") arroja una actitud muy desfavorable hacia los partidos, seguramente por la ausencia de liderazgos populistas en el sistema de partidos imperantes. Todos estos datos indican, pues, que una orientación positiva hacia el sistema político se encuentra en los modelos A, B (con la excepción aludida) y C: la idea democrática sigue vinculada básicamente con la concertación partidos-sindicatos cualquiera sea su dirección. El rechazo al sistema político, en cambio, es particularmente ostensible en los modelos D y F; ambos son modelos directamente referidos al Estado, que eluden toda conexión con las mediaciones partidarias.

La tendencia visible en nuestros datos se inscribe, en efecto, dentro de modelos históricos: por un lado, aquellos que establecen la vinculación entre sindicatos y partidos como eje de una cultura democrática; por otro, aquellos que postulan la relación pueblo-Estado como eje de una cultura nacional-populista. Una, predomina en la clase media y en el mundo obrero organizado; otra, entre las clases populares. Ambas culturas se yuxtaponen en el pasado democrático chileno. Pueden distinguirse quizás tres momentos: a) la época de los gobiernos radicales, fundados exclusivamente en el eje de concertación democrática (clase media funcionaria e ilustrada y los sindicatos); b) el ibañismo, que constituye el desplazamiento de la balanza hacia las masas nacional-populista, y c) el freísmo (y en parte el allendismo), como esfuerzos de síntesis o yuxtaposición de ambos tipos de legitimación.

La caracterización de la democracia chilena como "Estado de compromiso" es, en este sentido, incorrecta: el principio de legitimación populista del Estado —el fenómeno del nacional-populismo— ha sido comúnmente ignorado, pero ha estado siempre presente. Nuestros datos muestran que tal principio continúa vigente en las clases populares. ¿Hasta qué punto debemos admitir, sin embargo, que se trata de un principio populista y no puramente autoritario, dado que se caracteriza por el rechazo al sistema político y la demanda por Estado? Las páginas siguientes permitirán contestar esta interrogante.

IV. POBLADORES Y POLÍTICA: PASADO Y FUTURO

Terminaremos la descripción de estos datos con una referencia a dos temas: la evaluación de la U.P. y el gobierno deseado en el mundo poblacional. Los datos acerca de la imagen de la U.P. han sido agrupados de la siguiente manera:

Diagrama Imagen de la Unidad Popular

	Positiva	Negativa	Mixta
Ideológica	A	D	G
Económica	B	E	H
Mixta	C	F	I

- a) Los casilleros A, B y C describen una imagen positiva de la U.P., ya sea por la acentuación de características ideológicas (casillero A, que incluye los términos "participación popular" y "justicia social"), por la acentuación de características económicas (casillero B: "trabajo abundante" y "buenos salarios"), o por una mención mixta (casillero C) que combina una característica ideológica y otra económica entre las anteriormente nombradas.
- b) Los casilleros D, E y F describen una imagen negativa de la U.P., también por la acentuación de rasgos ideológicos (casillero D: "sectarismo" y "violencia"), de rasgos económicos (casillero E: "desabastecimiento" y "mucho inflación") o mixtos (casillero F) que combina una mención ideológica y otra económica de carácter negativo.
- c) Los casilleros G, H e I agrupan las menciones mixtas que acentúan un rasgo positivo y otro negativo de la U.P.: en el casillero G se trata de menciones ideológicas mixtas, en el H de menciones económicas mixtas y en el I de menciones doblemente mixtas (una positiva y otra negativa, simultáneamente una ideológica y otra económica).

Los resultados obtenidos indican el predominio de una imagen positiva de la U.P.: 46,7% de los pobladores marca una mención doblemente positiva para la U.P., 20% realiza menciones puramente negativas, y otro tanto hace menciones mixtas (a la vez positiva y negativa). La imagen positiva de la U.P. está dividida en dos grupos: aquellos que resaltan características solamente económicas (trabajo abundante y buenos salarios), que suman 23% del total; y aquellos que resaltan una característica ideológica y otra económica (cuya marca modal es participación popular y trabajo abundante). La valoración de la U.P. no es únicamente, entonces, la nostalgia por un período de bonanza económica; también se produce una adhesión significativa a su entorno ideológico. Es también —para algunos— la nostalgia por un Estado populista (pleno empleo y participación social): dos características contrapuestas al régimen vigente (desempleo y exclusión social). Para otros quizás, sea la demanda por un régimen democrático¹².

Esta imagen positiva de la U.P., en efecto, es mayor entre los que se inclinan por modelos democráticos (63,5% en el modelo A y 55,1% en el modelo C), pero también es fuerte entre los que se orientan hacia modelos políticamente autoritarios (43,6% en el modelo F). La legitimidad de la U.P. es, pues, pluridimensional, a la vez democrática y nacional-populista; o bien, puramente corporativa. Esta evaluación de la U.P. es una primera confirmación de que la demanda por Estado en las clases populares y el rechazo consiguiente al sistema político no indica una actitud puramente autoritaria (demanda exclusiva por orden), sino que, antes bien, expresa el anhelo por un populismo estatal.

¹² La imagen de la Unidad Popular está significativamente vinculada con el proceso de pauperización: los desocupados se inclinan ampliamente por la U.P., y dicha valoración se mantiene fuerte entre los inactivos (dueños de casa), trabajadores en empleos mínimos y cuenta propia, para caer algo entre los obreros industriales. La valoración de la U.P. es, por el contrario, muy baja entre los empleados de alta graduación. La imagen de la U.P. no sufre otras alteraciones de importancia.

Cuadro No 15

Imagen de la Unidad Popular según tipo de población

	Población	Op. Sitio	Campamento	Allegados	Total
No responde	33	25	30	21	109
	11,4	8,8	11,6	14,1	11,1
Positiva	11	9	5	5	30
Ideológica	3,8	3,2	1,9	3,4	3,1
Positiva	58	61	72	40	231
Económica	20,1	21,4	27,9	26,8	23,5
Positiva	65	54	58	20	197
Mixta	22,5	18,9	22,5	13,4	20,1
Negativa	6	1	2	0	9
Ideológica	2,1	0,4	0,8	0,0	0,9
Negativa	7	7	2	4	20
Económica	2,4	2,5	0,8	2,7	2,0
Negativa	50	56	42	22	170
Mixta	17,3	19,6	16,3	14,8	17,3
Mixta	12	8	4	5	29
Ideológica	4,2	2,8	1,6	3,4	3,0
Mixta	27	45	25	19	116
Económica	9,3	15,8	9,7	12,8	11,8
Mixta	20	19	18	13	70
Mixta	6,9	6,7	7,0	8,7	7,1
COLUMNA	289	285	258	149	981
TOTAL	29,5	29,1	26,3	15,2	100,0

La imagen de la U.P. no se proyecta, sin embargo, hacia el futuro: ésta es la conclusión que se obtiene con los datos referentes al "gobierno deseado" en el mundo poblacional. Las preferencias se inclinan fuertemente hacia "un gobierno de los demócratacristianos solos, como el de Frei": la tasa de freísmo alcanza a 40% (con una abstención del 20% en esta pregunta). La mayoría freísta contrasta con una muy baja adhesión a la eventualidad de "un nuevo gobierno militar" (6,8%)^{1 3} y una tasa de allendismo sorprendentemente baja (apenas 5,1%). La derecha histórica ("un gobierno de la derecha sola como el de Alessandri") reúne 15,8% de las preferencias, revelando con ello una concentración del voto popular en las alternativas de centro y derecha. Los datos muestran también la escasa orientación hacia el sistema político que se ha mencionado más atrás: las alternativas presidencialistas (alessandrismo, freísmo, allendismo) son abrumadoramente mayoritarias; las alternativas concertacionistas alcanzan menos de 10% de las respuestas y están

^{1 3} Nuestra interpretación sugiere que el rechazo al gobierno militar no se debe tanto a su carácter autoritario (antidemocrático), sino a su carácter oligárquico (o antinacional-populista). Este carácter oligárquico —debe admitirse— se ha hecho especialmente visible con la crisis. El apabullador rechazo al gobierno militar confirma también que la demanda por orden —cuya fortaleza hemos visto antes— no es suficiente como principio de legitimidad política.

divididas en "un gobierno de centro-derecha" (4,2%) y "un gobierno de centro-izquierda" (4,6%)¹⁴.

La adhesión al freísmo no debe sorprender en demasía: representa un período que combinó bonanza económica, integración social y estabilidad política. Es, por añadidura, la alternativa política más viable en las presentes circunstancias. Y, por encima de todo esto, es la encarnación de un liderazgo y una experiencia nacional-popular. La preferencia por el freísmo no es únicamente el compromiso con una ideología democrático-liberal en el mundo popular. El freísmo está apenas conectado con una disposición más favorable hacia el sistema político. La valorización de la democracia, por ejemplo, es más fuerte entre los que prefieren el centro (40%) y la izquierda (38%), pero sobremanera entre aquellos que se inclinan por gobiernos de coalición, ya sea de centro-derecha (56%) o de centro-izquierda (60%), lo que revela consistentemente la disposición de éstos hacia una democracia de partidos. La confianza en la democracia baja en las preferencias por la derecha (28%) y el continuismo militar (apenas 9%). Con todo, la disposición hacia la democracia no es una característica distintiva del freísmo. Lo mismo ocurre con la actitud hacia los partidos: la hostilidad hacia éstos es pareja en las alternativas presidencialistas históricas (promedios 3,1, 3,2 y 3,4, respectivamente) aumenta entre los que desean la continuidad del régimen y baja en las alternativas concertacionistas. Tampoco el freísmo modifica demasiado la opción entre autoridad y libertad, ajustándose al promedio general que otorgaba clara primacía a la demanda por autoridad y Estado. En este caso, el autoritarismo resulta más fuerte en todas las opciones de derecha (incluyendo la coalición de centro-derecha) y más débil en las de izquierda, quienes reclaman más insistentemente incluso que el freísmo, una amplia libertad política.

¹⁴ El gobierno deseado registra algunas variaciones según el sexo: la abstención política aumenta uniformemente entre las mujeres. También con las mujeres aumenta la adhesión en los extremos del espectro político y bajan las preferencias por las alternativas concertacionistas. El voto masculino aparece, por contrapartida, más moderado y coalicionista: esto es especialmente notorio en el caso del voto de izquierda (las mujeres son "allendistas", mientras que los hombres se inclinan por coaliciones de centro-izquierda). La edad introduce pocas variaciones: entre los jóvenes se aprecia un voto político más repartido, lo que hace caer las tasas de "freísmo" (aunque exclusivamente entre las mujeres menores de treinta) y de "alessandrismo", que en el resto de las edades tienden a concentrar las preferencias. Las oscilaciones del voto político según escolaridad y ocupación son también poco importantes: es perceptible, de todas maneras, un aumento del "freísmo" entre los desocupados y trabajadores en empleos mínimos, y del voto de derecha entre los obreros. La escolaridad arroja un dato significativo: la mejor votación relativa de la izquierda se encuentra entre aquellos que tienen escolaridad superior, lo que indica tal vez que la propensión al radicalismo aloja en una clase media baja víctima de procesos de estancamiento y pauperización relativa muy agudos. La distribución de las preferencias políticas según participación arroja algunos datos de interés: curiosamente, la organización hace aumentar la tasa de abstención política, notoriamente en el caso de los evangélicos, pero también en los restantes. La indiferencia política en organizaciones vecinales y religiosas revela acaso su carácter de refugio comunitario, en el sentido propuesto por Lallve. Las organizaciones vecinales arrojan mayor inclinación relativa hacia el continuismo militar y la derecha, mientras el voto católico militante es más freísta y allendista. El voto evangélico es el menos freísta de todos, quizás por el sello explícitamente católico de esta corriente, aunque la asociación entre evangélicos y régimen militar se revela enteramente falsa. Las variaciones anteriores no deben ocultar la inmensa homogeneidad del voto político en las clases populares: la distribución de frecuencias casi no se altera, cualesquiera sean las variables intervinientes (sexo, edad, escolaridad, ocupación, participación). La marca modal ("freísmo") se mantiene siempre, exceptuando el caso de los evangélicos que, por única vez, transforman la abstención en moda estadística. El "freísmo" no es, pues, una simple mayoría, sino un fenómeno político con una capacidad de síntesis social que conviene tomar en cuenta.

Cuadro Nº 16
Gobierno deseado según tipo de población

	Población	Op. Sitio	campamento	Allegados	Total
No responde	52	48	71	35	206
	18,0	16,8	27,5	23,5	21,0
Nuevo Gobierno	21	16	22	8	67
Militar	7,3	5,6	8,5	5,4	6,8
Derecha Tipo	45	51	46	13	155
Alessandri	15,6	17,9	17,8	8,7	15,8
D.C. Tipo	105	136	93	60	394
Frei	36,3	47,7	36,0	40,3	40,2
U.P. Tipo	16	11	10	13	50
Allende	5,5	3,9	3,9	8,7	5,1
Derecha y	21	8	5	7	41
D.C.	7,3	2,8	1,9	4,7	4,2
D.C. y	13	8	2	5	28
Socialistas	4,5	2,8	0,8	3,4	2,9
D.C. y	7	2	6	2	17
U.P.	2,4	0,7	2,3	1,3	1,7
Otros	9	5	3	6	23
	3,1	1,8	1,2	4,0	2,3
COLUMNA	289	285	258	149	981
TOTAL	29,5	29,1	26,3	15,2	100,0

La elección de modelos de organización colectiva, según preferencias políticas, confirma estos resultados. El freísmo no modifica las tendencias promedio obtenidas anteriormente. El allendismo, en cambio, tiene mayor inclinación relativa por los modelos que conectan partidos y sindicatos, cualquiera sea su dirección. Hacia la derecha se aprecia la tendencia inversa: caen los modelos que establecen esa conexión y aumentan aquellos que otorgan primacía a las juntas de vecinos. El carácter presidencialista o concertacionista de las opciones realizadas también influye (y aún más significativamente que su contenido): aquí es claramente visible la caída del "populismo autoritario" en las alternativas concertaciones: las opciones de centro-izquierda se desplazan casi por entero hacia los modelos democráticos (liberal o corporativo), mientras la opción de centro-derecha lo hace hacia el modelo clientelista, que conecta juntas de vecinos con partidos. Todas las alternativas presidencialistas, en cambio, otorgan primacía al modelo "populista autoritario" (aunque con una tendencia a acentuarse hacia la derecha).

Todos estos resultados muestran una conexión entre autoritarismo político, inclinación hacia la derecha y, sobre todo, presidencialismo. La mayoría freísta no desplaza la balanza hacia una revalorización de la democracia y el sistema político. Esto sustenta la hipótesis inicial: la adhesión al freísmo es sobremanera la demanda por un populismo estatal.

La mayoría freísta contrasta con el declive del allendismo como representación política en las clases populares. El punto central aquí es la diferencia entre la tasa de identidad obrera (35%) y la tasa de allendismo (5%), indicativa de una ruptura en la asociación histórica entre ambos términos. Más aún, la identidad obrera resulta —según

nuestros datos— la menos allendista entre todas: la tasa de allendismo entre los que se definen como pertenecientes a la clase obrera está por debajo del promedio (3,2%) y sube hasta 8% entre los que se autorrepresentan como clase media y clase baja. La identidad obrera, por el contrario, hace subir las preferencias por el freísmo, e incluso por la derecha histórica. Es, pues, el estallido de aquella asociación de otrora entre identidad obrera e izquierdismo político y, simultáneamente, la ausencia de toda referencia nítida de clase en la representación política de la izquierda.

La disociación entre obrerismo e izquierdismo data del decenio de los sesenta, precisamente con la aparición del freísmo como un fenómeno pluriclasista que rompe la segmentación del mercado político de años anteriores (aquel que se componía de un centro exclusivamente mesocrático, representado por el P.R., y una izquierda fuertemente urbana, sindical y obrera). Este carácter pluriclasista del centro político aparece nuevamente confirmado en nuestros datos. Es obvio, sin embargo, que este proceso de disociación se ha acelerado en el último tiempo. Tal vez incluya en esto la radicalización de la izquierda. La identidad obrera, como hemos visto, expresa una demanda por integración social (especialmente en sociedades de industrialización limitada) que, por añadidura, en condiciones de crisis como las actuales, acentúa sus rasgos defensivos (defensa del empleo, del orden y de la familia). La asociación entre conciencia obrera y conciencia revolucionaria es inexistente, como se ha probado tantas veces. La representación política del mundo obrero se hizo históricamente dentro del sistema institucional, nunca fuera de éste (donde imperan únicamente las tesis vanguardistas). Fue la institucionalización de la izquierda (específicamente en el período de formación del Frente Popular) la que permitió que ésta representara, más o menos establemente, los intereses obreros dentro del consenso democrático chileno. La evolución de la izquierda ha marchado, sin embargo, en dirección contraria: ésta se recompone muy íntimamente asociada con liderazgos antiinstitucionales, cuya primacía ya fue visible en las postrimerías del gobierno de la U.P. La izquierda no aparece como un vehículo de integración social (presencia sindical) ni política (participación institucional), sino como expresión y portavoz de una protesta popular de carácter básicamente expresivo ("barricadas"). La izquierda representa mejor la ira de la juventud popular que las ansias de defensa e integración del mundo obrero. Despojado de toda eficacia social y legitimidad nacional, el allendismo se convierte en una identidad esencialmente ideológica.

La crisis del allendismo no tiene solamente que ver con el mundo obrero y de las dificultades por articular partido-sindicato en una institucionalidad democrática. También su apelación a las masas nacional-populistas se habría deteriorado. La izquierda está lejos de encarnar un liderazgo nacional popular, como otrora el allendismo. Quizá influyen aquí razones coyunturales. No obstante, el radicalismo político es una actitud esencialmente extraña en masas que demandan integración nacional, que intentan eludir la anomia y la fragmentación social y que confían por encima de todo en la eficacia del Estado como eje de dicha integración.

Dentro de este marco puede explicarse la exigua tasa de allendismo encontrada y el desplazamiento masivo hacia el freísmo como liderazgo nacional-popular. En el freísmo se condensan, en efecto, las tendencias centrales que se han observado en el mundo poblacional: a) el rechazo a las alternativas de repliegue comunitario y defensa expresiva

(el pentecostalismo como defensa religiosa frente al "demonio" urbano¹⁵, el allendismo como defensa ideológica frente a la dictadura); b) simultáneamente, la desconfianza a los mecanismos de integración liberales o contractuales (mercado, democracia representativa), que se expresa por doquier en la ausencia de identificación con la clase media, la minusvaloración del modelo de movilidad individual, la distancia frente al sistema político, la demanda por Estado. Ambos rechazos contienen una afirmación: la demanda por una alternativa que combine el imperativo de la defensa colectiva (antiliberalismo) y la integración social (anticomunitarismo). El freísmo —como también lo fue históricamente el allendismo— son corrientes que expresan esta síntesis. ¿Y acaso sea la Iglesia quien la exprese más fielmente en la actualidad?

CONCLUSION

Nuestros datos han resultado sorprendentemente coincidentes con los obtenidos en anteriores encuestas. Tal es el caso de la vigencia de la identidad obrera, la importancia de la religiosidad, la actitud hacia la democracia y el Estado. Es cierto que carecemos de pautas precisas de comparación, como ocurre con los datos estructurales donde los cambios son relevantes y claramente mensurables. No obstante, en las materias de importancia no se ha encontrado sino continuidad histórica. ¿Quizás un despertar religioso? ¿O una conciencia más concentrada en la defensa de las condiciones sociales de vida? Aunque no podamos medir el efecto específico de la crisis, todo indica que el trasfondo de la cultura popular permanece siempre cercano a sus tradiciones históricas.

Entre estas continuidades destaca, sin duda, el sentido de pertenencia nacional. Hemos encontrado, en efecto, que el mundo popular no tiende hacia el retraimiento y la fragmentación social, sino hacia la integración nacional. Las ideologías comunitaristas, los principios de identidad excluyentes, la hostilidad hacia la sociedad, son todos fenómenos marginales. Con todo, tales principios de identidad cultural, llama la atención la fuerza de la religiosidad popular; en el plano de los anhelos de integración, la importancia del Estado. ¿No son acaso éstos los principios constitutivos de una tradición que se pierde en el trasfondo de nuestra historia?



¹⁵ Los evangélicos presentan algunas características definidas: a) una muy baja identificación con la clase media, aunque sin asomo de hostilidad moral; b) un rechazo abrumador al modelo A, que hemos llamado de "movilidad individual", y una acentuación relativa de los modelos comunitaristas, que incluyen el término "familia" (11,7% en el modelo E y 23,3% en el modelo F, que denominamos justamente pentecostal), pese a que la marca modal es, como entre todos, el modelo D ("educación y fe"); c) una actitud política caracterizada por la abstención y el rechazo al sistema político de manera más aguda que el promedio general. Esta pauta confirmaría la vigencia de la hipótesis de Lalive acerca del pentecostalismo como refugio comunitario o "comunidad defensiva".



informe de investigación

